

DONDE
DA LA
VUELTA
EL AIRE

Víctor Manuel
Categoría Adultos

Aquella mañana el **alguacil** llegó temprano. Lo vi aparecer por el codo de la calle de la Fragua empujando su vieja bicicleta, con el pelo revuelto y su gorra en la mano. Apenas había salido el sol y me movía a gran velocidad. Hacía fresco. Supongo que por eso se apresuró para abrir la cancela del ayuntamiento. No se dio cuenta de mi presencia, a pesar de que agité las banderas para saludarle.

Un poco más tarde llegaron los trabajadores, el alcalde, algunos concejales, corrí entre ellos, moví sus abrigos, revolví sus papeles, pero todo fue en vano. Por fin, una vecina salió del edificio con cara de satisfacción. Miró al cielo, se ajustó la rebeca y sonrió cuando le acaricié la cara.

Al bajar un poco la calle sacó algo del bolsillo de su falda, me acerqué un poco y comprobé que eran un par de tapones que arrojó al contenedor con forma de corazón. Giró hacia la calle del Señor Cura y, unos pasos más abajo, se topó con unas ancianas que habían sido **dueñas** de las eras donde solía echar una mano de joven. Hablaron sobre sus nietos, sus hijos y de los **achaques** que día a día les asaltaban al levantarse. Se despidieron afectuosamente y las hermanas continuaron subiendo hasta la plaza. Giraron un poco riéndose y recordando viejos tiempos.

- ¿Te acuerdas de aquel **gallego** tan guapo que vino al pueblo en el verano del 48? – le dice una hermana a la otra.
- ¡Sí! ¡Y de cómo se pasaba las horas esperando a ver si salías! – y estalla en una carcajada mientras guiña el ojo a su hermana mayor.

Continúan andando agarradas del brazo. La mayor, María, se apoya en su bastón y la pequeña lleva la bolsa de la compra. Giran la calle en dirección a la farmacia y justo en la esquina se encuentran con la cartera que, apresuradamente, se dirige hacia la plaza.

El ritmo trepidante de sus piernas es acompañado por el tañer de las campanas de la iglesia, síntoma inequívoco de que son las 12 del mediodía. El sol calienta la plaza y, poco a poco, la terraza del bar Manolo se va llenando.

La cartera saluda a uno de los vecinos que, plácidamente al sol, degusta su vermut en las mesas más cercanas a la iglesia.

- ¡Hombre, señor **Pérez**! ¿Cómo usted por aquí al mediodía? – exclama la cartera.

- Pues ya ves, hija. He ido a dar una vuelta al huerto esta mañana y me he pasado más tiempo echando **culebras** fuera que apañando las plantas. Así que me he venido a tomar algo y estoy esperando a Pepe.
- ¡Pues hace usted muy bien, hombre! Me voy, que voy fatal hoy. En su casa le he dejado alguna carta.
- Todas del banco seguro, a mí no me escribe nadie ya.

La cartera sonrío afectuosa y levanta la mano despidiéndose. Se pierde por la esquina mientras piensa “Esta casa se desmorona. Cualquiera día se nos cae encima”.

Me cuelo entre el enrejado de la casa y subo por encima de la tapia. Justo en aquel momento, un niño aparece a toda velocidad sobre su patinete. Intento frenarlo, pero al final consigue esquivar a la cartera. Se adentra en la plaza gritando a sus amigos.

A la hora de comer la plaza queda en silencio. Vacía. Sin vida. El sol aprieta en lo alto y me doy una vuelta recorriendo sus rincones sin rumbo fijo. Paso entre los números de los 295.467 maravedís que Ajalvir pagó para quedar unida a la Corona Real. Agito las lavandas de las jardineras y alguna que otra abeja remonta el vuelo. Corro por los soportales de la iglesia, bajo las escaleras, surfeo por el banco corrido y llego a la puerta del ayuntamiento.

Uno de los concejales sale por la puerta. Le persigo unos metros. Muevo el fleco del toldo del antiguo Bar Miguel y remuevo su chaqueta. Se altera y se lleva la mano al pecho, como si le pasara algo **malo**. La culpa me atormenta, será mejor dejarlo en paz.

Minuto a minuto, mientras la tarde va cayendo, la plaza se llena de nuevo y vuelve la algarabía a todos los rincones. Los niños vuelven a inundar la parte central con sus juegos, algunos con patines, otros trepando y los más mayores con pelotas.

- ¡**Bravo**, Leo! ¡Menudo gol!
- ¡Va! Que todavía nos ganan.

Les despeino sus tupés infantiles y subo hacia los soportales de la iglesia. De nuevo las campanas suenan, es hora de misa y los feligreses van entrando de dos en dos a la Iglesia. Se saludan a la entrada, se estrechan las manos y se abrazan. Entran en la iglesia y se sientan en sus bancos.

Paso por detrás de la imagen de San Blas, curioseando, y escapo justo cuando se entorna la puerta. Al cabo de un rato, se acaba la misa y los vecinos se acumulan bajo el soportal.

Mientras se despiden, algunos giran la esquina de la iglesia y pasan por delante de la puerta nueva, otros, como el señor **García**, deciden sentarse en los bancos de la plaza y disfrutar, con cierto aire melancólico, de los juegos de los niños. Apoyado con ambas manos en su bastón ve la vida pasar y respira cada vez que paso cerca de su parpusa.

Alertado por el frescor de la incipiente noche. García se levanta y chuta, hábil, un balón desviado. La noche cae lentamente y de nuevo, como con cuentagotas, la plaza comienza a quedarse vacía.

Un grupo de adolescentes baja del polideportivo y al llegar a la plaza se dispersan cada uno hacia su casa:

- ¿Nos vemos entonces el sábado donde los **Hebrero**? – pregunta uno

- ¡Claro, allí estaremos! ¡Te vamos a fundir! ¡Prepárate, *bro*!

Y bajan algunos hacia la calle de la Fragua empujándose entre ellos, bromeando, algunos escupen las cáscaras de las pipas al suelo.

Segundos después, el alguacil sale del ayuntamiento, cierra la cancela y monta en su bici. Corro hacia él y le doy un suave empujón que agradece me despido de él hasta un nuevo día. Suenan las sillas y las mesas del bar al ser recogidas y, algo más tarde, su cierre.

Cuando ya no queda nadie, suelo colarme en las casas donde sus habitantes, distraídos, ven la televisión antes de acostarse. Y, si acaso en alguna están haciendo croquetas. Disfruto llevando el delicioso olor a sus vecinos.

Ya no se oye nada. Solo al autillo travieso del campanario y el silencioso vuelo de la lechuza hacia los olivos. De nuevo solo en la plaza. Otra vez comienza mi peregrinación sin rumbo, entre los árboles, entre los setos, subiendo y bajando a mi antojo, girando en bucle o soplando la tormenta. Un día tras otro, cada minuto, allí, en ese rincón de la plaza: donde da la vuelta el aire.